



MARZO 6 / ABRIL 14

Retiro Kerigmático DE CUARESMA



NUESTRA
MISIÓN
ITINERARIO PASTORAL ETAPA 2019 - 2025
Renovándonos con el Evangelio, fuerza de Dios (Rm. 1, 16)

Contenido

Introducción	3
Tema 1	4
<i>“Dios me ama”</i>	
Meditación	5
Tema 2	7
<i>“El pecado”</i>	
Meditación	9
Celebración Penitencial	9
Tema 3	14
<i>“El bautismo me hace discípulo misionero”</i>	
Meditación	16
Eucaristía	18
Notas	20

En el contexto de la etapa operativa del plan diocesano de pastoral, todos los bautizados, pero de manera especial quienes ya se han vinculado a las actividades parroquiales y a los diversos servicios como agentes de pastoral, vamos a estar comprometidos en la evangelización de nuestra Iglesia, renovando nuestra adhesión al Señor Jesucristo y a su proyecto del Reino.

Si queremos que nuestra diócesis sea una Iglesia dinámica, con esperanza contagiosa y corazón misericordioso, debemos comenzar por renovar la fe de quienes somos enviados a evangelizar. Por eso, se ha convocado a todos los agentes de pastoral de la parroquia a realizar un retiro kerigmático cuaresmal, enfocado en el sacramento del bautismo, el cual está destinado a suscitar en todos un interés renovado por Jesucristo y a revitalizar nuestra fe en Él, a partir del anuncio del amor misericordioso de Dios revelado en Jesucristo, verdadero núcleo del Evangelio.

Recordemos la invitación apremiante que el papa Francisco nos hacía en la *Evangelii Gaudium*:

“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor». Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo.

Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores». ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar «setenta veces siete» (Mt 18,22) nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos invita a levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!” (EG 3)

DIOS ME AMA

Isaías 49, 14-15

***Sión decía: «Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado.»
¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus
entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré***

REFLEXIÓN

Los que poseen el amor en un modo muy profundo y transformante lo sentirán como "una llama de amor viva", como "un canto suave", como "un toque delicado" que sabe a vida eterna. Aquí está el secreto de la felicidad humana, escondido a los sabios y a los inteligentes, y que solo descubren los pequeños y los humildes.

Si ahondamos más y queremos conocer el amor con que Jesús nos ama, oigamos sus palabras: "como el Padre me amó, yo también les he amado" (Jn 15,9)... Podría parecer imposible que Jesús nos amara con el mismo amor con que es amado por el Padre; sin embargo, cómo puede ser de otro modo si participamos de la naturaleza divina, como dice S. Juan: "miren que amor nos ha mostrado el Padre que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos".

Nosotros hemos reconocido y creído el amor que Dios tiene por nosotros. Dios es amor: quien está en el amor vive en Dios y Dios en él (un 4,15-16). Se ve como este conocimiento no es un mero concepto intelectual, sino un abrazar la verdad con todo el hombre y ser penetrado de ella, y cómo sin el amor que se encarna en la vida no se tiene ni se puede tener el verdadero conocimiento de Dios: 'quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor (Un 4,8).

Todo cuanto hemos dicho de la Trinidad, del amor, está lleno de antropologismos. Pero ¿nos es posible expresarnos de otro modo? Nuestra mente se estrella contra el misterio. Solo es abordable con nuestro corazón. Nuestro entendimiento es tanto más vital y profundo cuanto más en sintonía esté nuestro corazón con el corazón de Cristo. Una cosa es cierta. La verdadera alegría de Cristo nace del amor y el camino para conseguirla es la cruz. Doctrina difícil de comprender y que los mismos apóstoles comprendieron poco a poco, a pesar de todo el tiempo que pasaron en la escuela de Jesús... Pero cuando lo comprendieron, los apóstoles experimentaron una alegría comunitaria e irresistible, una alegría tan grande que "salían del Sanedrín felices de haber sido ultrajados por amor del nombre de Jesús" (Act. 5,41; cfr. 4,12).

La claridad con que se ve a Dios -y se le ama- en el prójimo, nos da la medida de nuestra coherencia espiritual. Esa es "la iluminación de los ojos del corazón" (Ef. 1,8), esa es la mejor prueba que está vivo y permanece el germen de Dios. Ese germen divino no es otra cosa que el principio de vida, el Espíritu que es, al mismo tiempo, personificación y fruto del amor. Nos dirigimos al hombre y encontramos a Dios. Es la sublimación teologal de nuestra relación fraterna.

Cristo rompe el muro de la fraternidad restringida, y esto es su gran revolución del amor: redención universal, filiación universal, fraternidad universal y amor universal, son realidades correlativas, lógicamente trabadas y reversibles. Veremos que hay sólo una salvedad: la preferencia por el más necesitado.

Sentirse amado por Dios Pedro Arntpe sj.

CONTEMPLACIÓN

ENAMORARSE DE DIOS

“Enamorarse de Dios”

«No hay nada más práctico en la vida que encontrar a Dios y enamorarse rotundamente de Él. Aquello de lo que te enamores, lo que arrebate tu imaginación, afectará todo.

Determinará lo que te haga levantar por la mañana, lo que harás con tus atardeceres, cómo pases tus fines de semana, lo que leas, a quien conozcas, lo que te rompa el corazón y lo que te llene de asombro con alegría y agradecimiento. Enamórate, permanece enamorado, y esto lo decidirá todo.»

Padre Pedro' Arrupe

MEDITACIÓN

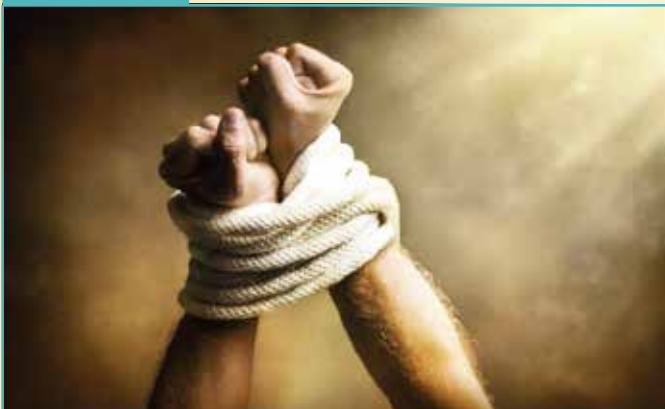
No es fácil responder en pocas palabras a quien pregunta: ¿cuál es la esencia del cristianismo? La riqueza del Evangelio y de la Tradición de la Iglesia es tan grande que dar una respuesta breve significa muchas veces no decir casi nada. De todos modos, podemos empezar a responder con una idea central de nuestra fe: Dios nos ama.

Dios nos ama. Esta verdad no es solo una bella poesía o una frase hermosa que dicen, de vez en cuando, los sacerdotes en la misa, o los padres cuando enseñan la fe a sus hijos pequeños. El amor de Dios es una realidad profunda, vital, una experiencia que todo cristiano puede y debe descubrir en el fondo de su corazón. Nos invade siempre un cariño eterno. Dios no puede dejar de mirarnos con amor: nos quiere “demasiado”.

El amor de Dios se concretiza en la cruz y en la Resurrección de Cristo. Esos dos momentos son el centro de la misa. Cada vez que el sacerdote toma el pan y el vino y pronuncia las palabras de consagración, Cristo está allí, misteriosa pero realmente, y nos repite, casi nos grita en medio del silencio: “Te amo con un amor eterno”. O, como dice la canción, “nadie te ama como yo”.

Esta verdad es capaz de cambiar cualquier vida. A nivel humano nos alegra, nos provoca un cosquilleo especial en el corazón el sentir que alguien nos mira con cariño. Pero es mucho más grande y profunda la paz que nace cuando damos vida, por el recuerdo, a esa gran certeza: “el Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2, 20).





EL PECADO

Carta a los Romanos 7, 7

¿Diremos entonces que la Ley es pecado? ¡De ninguna manera! Pero yo no hubiera conocido el pecado si no fuera por la Ley. En efecto, hubiera ignorado la codicia, si la Ley no dijera: No codiciarás. Pero el pecado,

aprovechando la oportunidad que le daba el precepto, provocó en mí toda suerte de codicia, porque sin la Ley, el pecado es cosa muerta.

Hubo un tiempo en que yo vivía sin Ley, pero al llegar el precepto, tomó vida el pecado, y yo, en cambio, morí. Así resultó que el mandamiento que debía darme la vida, me llevó a la muerte. Porque el pecado, aprovechando la oportunidad que le daba el precepto, me sedujo y, por medio del precepto, me causó la muerte. De manera que la Ley es santa, como es santo, justo y bueno el precepto. ¿Pero es posible que lo bueno me cause la muerte? ¡De ningún modo! Lo que pasa es que el pecado, a fin de mostrarse como tal, se valió de algo bueno para causarme la muerte, y así el pecado, por medio del precepto, llega a la plenitud de su malicia.

REFLEXIÓN

Nos adentramos ahora en la realidad del pecado. Tema siempre escabroso y desagradable, pero necesario. Ante todo, el pecado es percibido por San Pablo como una contradicción, un ir en contra de mí mismo. De hecho, cuando nos confesamos, estamos diciendo: "quisiera no haberlo hecho". Es un misterio, es el misterio de la iniquidad, el misterio de ese mal que crece en mí y que se apodera de mí. Es el misterio de las tinieblas que hay en el corazón del hombre, y que también están presentes en mi corazón.

Nadie es inmune, nadie está libre de pecado, nadie puede tirar la primera piedra. Por eso necesitamos tomar conciencia y declararle la guerra. No podemos caer en uno de los peores errores de nuestro tiempo, que es el perder la conciencia del pecado, no darnos cuenta de nuestra maldad, minimizarla, justificarla, y por lo mismo, no sentir la necesidad del perdón. En la raíz de todo mal está la posibilidad de decirle "no" a Dios. Somos libres y podemos no aceptar ser amados por Él. Realmente somos unos seres contradictorios y extraños: al mismo Dios que confesamos, después lo negamos y lo traicionamos, le exigimos o lo rechazamos. Nos ponemos ante Él al "tú por tú". Somos capaces de ignorarlo, de odiarlo, de reprocharle, de manipularlo, incluso de hacer negocio a costa de Él.

Ahora bien, las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias, homicidios, embriagueces, orgías y otras como éstas, de las cuales les prevengo, como antes lo dije, de que quienes tales cosas hacen no heredarán el Reino de Dios. (Gálatas 5, 19-21). Como lo dice Jesús en el Evangelio, es del interior del hombre de donde brota el mal. Podemos estar en el peor de los ambientes y sin embargo no contagiarnos. El problema es cuando le abrimos puertas en nuestro interior a la tentación, cuando le damos cabida y se posesiona de nosotros.

Hemos de ser conscientes de que todos tenemos en semilla o en raíz los siete pecados capitales: soberbia, ira, avaricia, envidia, gula, pereza y lujuria. Pecados capitales que son las cabezas de otros muchos pecados. Y todo está en empezar. Una vez que le abrimos las puertas interiores a la tentación, ya es muy difícil resistir; inevitablemente la tentación va a crecer, el pecado va a crecer, y el mecanismo del pecado va a querer apoderarse de nosotros, separarnos de Dios, esclavizarnos, llevarnos a lo más bajo: deseaba llenarse con las algarobas que comían los cerdos, pero no le era dado. Y repito, nadie está inmune. Seamos lo que seamos. Todos tenemos nuestro mapa de maldad, nuestra capacidad para el mal. Y hoy, con el poder de los medios de comunicación es muy fácil abrir puertas al mal.

CONTEMPLACIÓN

Al fin, el ser humano acabó con el cielo y con la tierra. La tierra era bella y fértil, la luz brillaba en las montañas y en los mares, y el espíritu de Dios llenaba el universo. El ser humano dijo: «Que posea yo todo el poder en el cielo y en la tierra». Y vio que el poder era bueno, y puso el nombre de Grandes Jefes a los que tenían el poder, y llamó Desgraciados a los que buscaban la reconciliación. Así fue el sexto día antes del fin.

El ser humano dijo: «Que haya gran división entre los pueblos: que se pongan de un lado las naciones a mi favor, y del otro las que están contra mí». Y hubo Buenos y Malos. Así fue el quinto día antes del fin.

El ser humano dijo: «Reunamos nuestras fortunas, todo en un lugar, y creemos instrumentos para defendernos: la radio para controlar el espíritu de los seres humanos, los registros para controlar sus pasos, los uniformes para dominar sus almas». Y así fue. El mundo quedó dividido en dos bloques en guerra. El ser humano vio que tenía que ser así. Así fue el cuarto día antes del fin.

El ser humano dijo: «Que haya una censura para distinguir nuestra verdad de la de los demás». Y así fue. El ser humano creó dos grandes instituciones de censura: Una para ocultar la verdad en el extranjero, y otra para defenderse de la verdad en casa. El ser humano lo vio y lo encontró normal. Así fue el tercer día antes del final.

El ser humano dijo: «Fabriquemos armas que puedan destruir grandes multitudes, millares y centenares de millones, a distancia». El ser humano creó los submarinos nucleares que surcan los mares, y los misiles, que cruzan el firmamento. El ser humano lo vio y se enorgulleció. Entonces los bendijo diciéndoles: «Sed numerosos y grandes sobre la tierra, llenad las aguas del mar y los espacios celestes; multiplicaos». Así fue el segundo día antes del fin.

El ser humano dijo: «Hagamos a Dios a nuestra imagen y semejanza: que actúe como actuamos nosotros, que piense como pensamos nosotros, que mate como nosotros matamos». El ser humano creó un Dios a su medida, y lo bendijo diciendo: «Muéstrate a nosotros, y pon la tierra a nuestros pies: no te faltará nada si haces siempre nuestra voluntad». Y así fue. El ser humano vio todo lo que había hecho y estaba muy satisfecho de ello.



Así fue el día anterior al fin. De pronto, se produjo un gran terremoto en toda la superficie de la tierra, y el ser humano y todo lo que había hecho dejaron de existir. Así acabó el ser humano con el cielo y la tierra. La tierra volvió a ser un mundo vacío y sin orden; Toda la superficie del océano se cubrió de oscuridad y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas.

MEDITACIÓN

¿Cómo me afecta el mal?

¿Qué experiencia tengo del mal y del pecado?

CELEBRACIÓN PENITENCIAL

Saludo inicial

Presidente: En el nombre del Padre, y de Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Nos hemos reunido este día para celebrar juntos la misericordia de Dios y acogerla más profundamente en nuestras vidas. Un aspecto esencial del kerigma es la proclamación del amor misericordioso de Dios. El Dios que Jesucristo nos ha revelado es un Padre lleno de ternura que nos ama por encima de nuestros pecados y que está siempre dispuesto a recibirnos y a rehacernos en nuestra condición de hijos suyos. Qué bueno, como animadores de la evangelización de nuestra comunidad, poder reconocer juntos nuestra condición de pecadores e implorar sobre nosotros la misericordia divina, con la esperanza de cada uno de sus gestos y palabras el amor tierno y compasivo de nuestro Dios.

Invocación al Espíritu Santo

Presidente: Invoquemos la presencia y la acción del Espíritu Santo. Que sea Él quien abra nuestro corazón para que contemplemos la misericordia infinita de nuestro Padre y haga brotar en nosotros un arrepentimiento sincero y un deseo de corresponder mejor al amor de Dios.

Canto: Ven creador Espíritu o algún otro canto apropiado de invocación al Espíritu Santo.

LECTURA DEL EVANGELIO LC 15,11-32.

Presidente: *Escuchemos ahora la lectura del Evangelio del hijo pródigo, o mejor del padre misericordioso.*

Y Jesús dijo: Cierta hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos le dijo al padre: «Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». Y él les repartió sus bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntándolo todo, partió a un país lejano, y allí malgastó su hacienda viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino una gran hambre en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces fue y se acercó a uno de los ciudadanos de aquel país, y él lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Y deseaba llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Entonces, volviendo en sí, dijo: «¡Cuántos de los trabajadores de mi padre tienen pan de sobra, pero yo aquí perezco de hambre!» «Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: 'Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como uno de tus trabajadores»». Y levantándose, fue a su padre. Y cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión por él, y corrió, se echó sobre su cuello y lo besó. Y el hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.» Pero el padre dijo a sus siervos: «Pronto; traed la mejor ropa y vestidlo, y poned un anillo en su mano y sandalias en los pies; y traed el becerro engordado, matadlo, y comamos y regocijémonos; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado». Y comenzaron a regocijarse. Y su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino y se acercó a la casa, oyó música y danzas. Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era todo aquello. Y él le dijo: «Tu hermano ha venido, y tu padre ha matado el becerro engordado porque lo ha recibido sano y salvo». Entonces él se enojó y no quería entrar. Salió su padre y le rogaba que entrara. Pero respondiendo él, le dijo al padre: «Mira, por tantos años te he servido y nunca he desobedecido ninguna orden tuya, y sin embargo, nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos; pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramerías, mataste para él el becerro engordado». Y él le dijo: «Hijo mío, tú siempre has estado conmigo, y todo lo mío es tuyo» pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste, tu hermano, estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado».

Palabra del Señor.



Presidente:

Todos tenemos algo de los diferentes personajes de esta parábola. Todos somos o hemos sido en algún momento de nuestra vida hijos pródigos. Todos hemos sido hermanos mayores a los que nos cuesta trabajo acoger al hermano que regresa. Y todos hemos sido o debemos ser padres amorosos que tenemos que saber acoger y perdonar.

¿Por qué no probamos en este momento con qué personaje o personajes nos identificamos más en este momento de nuestras vidas?

Narrador:

Dejado el hogar del Padre, hemos preferido las criaturas a su amor infinito y pretendemos una autonomía al margen de una obediencia confiada a sus mandamientos. A fuerza de no vivir como pensamos, pudimos terminar pensando cómo vivimos.

¿Hemos descuidado nuestra vida interior o de oración? ¿Nos hemos apartado conscientemente de los mandatos del Señor? ¿Hemos llegado a poner en tela de juicio las convicciones centrales de nuestra vida? Con todo y que frecuentamos la Iglesia ¿Quizás no la descubrimos más ya como nuestro hogar y la desdeñamos porque pareciera no ofrecernos lo necesario para vivir felices? ¿Quizás hemos abandonado el agua fresca de amor y de la gracia de Dios para abrevarnos en cisternas de aguas estancadas? Dice Lucas: «Empezó a pasar necesidad...le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos». (Lc 15, 14,16) ¿Hemos experimentado esta sensación de hambre? ¿De vacío interior? ¿De pérdida de la paz y de la alegría verdaderas? ¿Hemos abandonado interiormente la Iglesia, pensando que allende encontraremos más compañía? ¿Las criaturas en lugar de darnos lo que esperábamos nos sumen en la codicia, en los celos y en el desasosiego? ¿Los placeres de este mundo en vez de hartarnos nos dejan más solos y hastiados? Dice la parábola que el hijo menor decidió levantarse e irse hacia Dios. «Me pondré en camino a dónde está mi padre». (Lc 15, 20) Aunque te sientas atrapado y tus motivaciones no sean todavía las más perfectas, lo que importa ahora es que en el fondo tengas

ganas de volver a Dios o de darle el lugar que sólo a Él le corresponde. Y si es posible te ayudaría mucho que en tu interior pudieras rezar la oración de aquel joven: «Padre he pecado contra el cielo y contra ti». (Lc 15, 21)

Se dejan dos minutos de silencio.

El hermano menor:

Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo. Y sin embargo, tú me amas y me esperas siempre y estas siempre pronto para acogerme y restituirme en mi condición de hijo tuyo. Tú siempre haces fiesta cuando vuelvo a ti. Padre, gracias por tu amor incondicional, por amarme así como soy. Padre, gracias porque cuando me siento desfallecer bajo el peso de mis culpas, levantó la mirada hacia ti y en tu santidad, en tu ternura y en tu misericordia infinito encuentro siempre fuerzas para levantarme.

Narrador:

Pero es posible que algunos nos identifiquemos más con el hermano mayor. ¿Cuál era su problema? ¿En qué fallaba?

Toda la vida había sido fiel a su padre, había estado a su lado y, sin embargo, no había aprendido a gozar de su amor ni de la libertad que el padre le daba. Estaba con su padre, pero no se había dejado transformar por su amor. Aunque estaba con él, no valoraba suficientemente su amor.

Hay personas que habiendo cumplido con sus deberes toda la vida, se vuelven sin embargo, duras y un tanto amargadas y en su interior murmuran: «Nadie reconoce todo lo que he hecho, los sacrificios que he hecho»...

Es la actitud de quien no reconoce como recompensa suficiente y desbordante estar con el Padre y al servicio de su casa. Es el riesgo de una observancia que en lugar de hacernos misericordiosos como el Padre, nos vuelve jueces implacables de los demás. Es el drama de quien no se ha ido de lo casa y sin embargo, no vive una relación de amor con Dios y de verdadera libertad.

Es la situación de quien habiendo sido objeto

permanentemente de la misericordia de Dios no se ha dejado transformar el corazón por el amor del Padre y se permite ser duro e intransigente con los demás.

Si hay algo de este hijo mayor, no dejemos pasar esta ocasión para afrontarlo, aunque nos cueste algo de dolor. Y ojalá pueda brotar de nosotros una oración como esta: «Padre, perdóname porque estando tan cerca de ti no he sabido vivir y gozar de tu amor ni de la libertad que tú me das».

Se dejan dos o tres minutos de silencio.

El hermano mayor:

Padre, perdóname porque estando tan cerca de ti no he sabido vivir y gozar de tu amor y de la libertad que tú me das. Padre, es verdad: con todo y que escucho con frecuencia tu palabra y recibo constantemente tu perdón y tu misericordia, a veces me convierto en juez inclemente de mis hermanos, los desprecio, hablo mal de ellos y los señalo. Al hacerlo olvido que soy un pecador redimido por tu misericordia, que de no ser por tu gracia sería capaz de lo peor. Me parezco entonces a aquel empleado malvado a quien se le perdonó una inmensa deuda y luego mandó a la cárcel a su compañero por una suma irrisoria. Padre, perdóname porque no he dejado que tu misericordia me transforme y cambie mi corazón de piedra en un corazón de carne capaz de perdonar y acoger, de amar incondicionalmente como tú me amas.

Narrador:

Aquí nos toca a todos en primer lugar reconocernos como destinatarios del amor misericordioso de Dios.

Todos hemos vivido de muchas formas este evangelio del amor misericordioso de Dios. Él nos creó como seres libres y nos llamó para que viviéramos en la libertad una relación personal de amor y de confianza. Él en su amor infinito nos ha dejado partir, cuando así lo hemos querido, en un respeto profundo por nuestra libertad. Cuando nos hemos extraviado, Él nos ha buscado y nos ha esperado. Él está siempre atento al menor de nuestros gestos de arrepentimiento para abrirnos

generoso sus brazos compasivos y llenos de ternura.

Él, cómo al hijo mayor, no cesa de invitarnos pacientemente a ser misericordiosos como Él lo es y lo manifestó por medio de su Hijo. Él a través de su Espíritu continuamente quiere transformar nuestro corazón de piedra en un corazón de carne capaz de amar y de ser compasivo y misericordioso.

Pero cuántas veces quebrantamos esta bella vocación. Cuántas veces en lugar de buscar a quien se aleja o yerra, lo juzgamos con dureza; cuántas veces no somos los brazos abiertos del Padre para acoger; cuántas veces no ayudamos a experimentar a quien se acerca arrepentido, que hay alegría en el cielo por su causa.

Por todo esto, debemos pedir perdón al Señor diciendo: «Padre, perdóname porque no he sido siempre imagen viva de tu amor compasivo y misericordioso».

El Padre misericordioso:

Ten piedad de mí, Dios mío, ten piedad, porque mi alma se refugia en ti; yo me refugio a la sombra de tus alas hasta que pase la desgracia invocaré a Dios, el Altísimo, al Dios que lo hace todo por mí: él me enviará la salvación desde el cielo y humillará a los que me atacan. ¡Que Dios envíe su amor y su fidelidad! Yo estoy tendido en medio de leones que devoran con avidez a los hombres; sus dientes son lanzas y flechas, su lengua, una espada afilada.

¡Levántate, Dios, por encima del cielo, y que tu gloria cubra toda la tierra! Ellos tendieron una red a mi paso, para que yo sucumbiera; cavaron una fosa ante mí, pero cayeron en ella. Pausa Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme. Voy a cantar al son de instrumentos: ¡despierta, alma mía! despierten, arpa y cítara, para que yo despierte a la aurora! Te alabaré en medio de los pueblos, Señor, te cantaré entre las naciones, «porque tu misericordia se eleva hasta el cielo y tu fidelidad hasta las nubes. ¡Levántate, Dios, por encima del cielo, y que tu gloria cubra toda la tierra!» (Salmo 57).

SÚPLICA COMUNITARIA DE PERDÓN

Presidente: Reunidos como hermanos, reconozcámonos con humildad pecadores e imploramos la misericordia divina.

R/ Oh, Señor, escucha y ten piedad

Porque no siempre vivimos en el asombro y la alegría ante el don de tu amor.

R/ Oh, Señor, escucha y ten piedad

Porque a veces te abandonamos a ti, fuente de agua viva.

R/ Oh, Señor, escucha y ten piedad

Por nuestras rigideces e intransigencias con las que hemos escandalizado a los hermanos.

R/ Oh, Señor, escucha y ten piedad

Por nuestra incapacidad para alegrarnos con quien regresa.

R/ Oh, Señor, escucha y ten piedad

Porque no siempre estamos dispuestos a volver a ti de todo corazón y caemos en la tibieza.

R/ Oh, Señor, escucha y ten piedad

Porque nuestra comunidad no es suficientemente acogedora ni libre de prejuicios, porque a veces excluimos con nuestros juicios y actitudes.

R/ Oh, Señor, escucha y ten piedad

Presidente: Digamos Juntos el acto de contrición

Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante vosotros hermanos que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Por eso ruego a Santa María siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, Nuestro Señor.

Amén.

ORACIÓN FINAL

Dios, Padre nuestro, que no nos tratas como merecen nuestros pecados y que perdonas nuestras ofensas para que encontremos el bienestar y podamos sentirnos felices y en paz, ayúdanos a que el perdón que hemos recibido sin merecerlo nos lleve a ser agradecidos contigo correspondiendo a tu amor con el perdón hacia aquellos que nos han ofendido. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén



EL BAUTISMO ME HACE DISCÍPULO MISIONERO

Marcos 10,17-30

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó un joven corriendo, se arrodilló y le preguntó: Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?

Jesús le contestó:

-¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre ya tu madre.

Él replicó:

Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño. Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego sígueme. A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste, porque era muy rico.

REFLEXIÓN

No se conoce el nombre de este joven impetuoso que se acerca a Jesús. Podía ser hijo de un mercader opulento o de un hacendado, se le educó en la piedad y en el cumplimiento de la Ley, y él, sin dejar de nadar en la abundancia, tenía inquietudes espirituales. En el Antiguo Testamento la riqueza suele interpretarse como signo de predilección divina; somos ricos, luego eso indica que agradamos a Dios, pero en este joven hay como un desasosiego indefinible, intuye algo más, y se dirige al Maestro bueno.



En los momentos que preceden al encuentro del joven con Jesús, el Señor alaba a los niños y a los que se hacen como niños, abrazándolos, bendiciéndolos y enseñando que el reino de los cielos es para los que se hacen como niños. Después de la conversación con el joven, viene un juicio duro para los ricos: ¡Qué difícil es que los ricos entren en el reino de Dios!. Parece como si la alegría producida al Señor por los niños se nublase ante la falta de generosidad de aquel joven. Era casi un niño en edad, pero era viejo por dentro. Cuando se le plantea en toda su exigencia lo que significa seguir el camino para alcanzar la vida eterna, se marcha triste. No capta la alegría de vivir como Jesús y seguirle de cerca.

Era un joven bueno; no pecaba, pero tampoco amaba, éste fue su fallo. El contraste con los Juan, Andrés, Santiago, Pedro, Tomás y los demás es notable éstos sí tienen un nombre que merece ser recordado, pues siguieron a Jesús. Conocemos sus vidas, sabemos sus defectos, sus tentaciones y sus luchas. Pero lo importante en ellos es que siguieron a Jesús, dejaron cosas, y consiguieron ser perfectos por la gracia de Dios.

Pero centrémonos en la conversación entre Jesús y aquel joven. El comienzo no podía ser más alentador. El joven acude a preguntar a Jesús reconociéndole como Maestro. Una pregunta le ocupa y le preocupa ¿Qué debe hacer para obtener la vida eterna? Tanto la pregunta como la actitud revelan una vida que se abre a las grandes perspectivas de la vida.

Toda persona se debe preguntar por el futuro con seriedad. El pasado cuenta poco, el presente es incierto, pero el futuro se debe decidir. Primero el inmediato: elegir profesión, modo de vida, y muchas otras cosas. Pero hay que ir más allá porque ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde la vida eterna? Lo importante de verdad en este mundo es alcanzar la vida eterna.

Es cierto que en la pregunta de aquel joven se vislumbra un planteamiento menos correcto, pues según la versión de Lucas quiere heredar la vida eterna, los otros evangelistas dicen alcanzar o conseguir. Heredar es lo que se recibe con poco esfuerzo, simplemente por el hecho de ser hijo o pariente. Heredar es agradable, por poco que sea lo heredado, pero no es algo conseguido con esfuerzo.

Cristo responde a la pregunta del joven con tres respuestas. Veamos el conjunto y separemos cada uno de ellas: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno, Dios. Ya conoces los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, no defraudarás a nadie, honra a tu padre y a tu madre. La riqueza de la contestación del Señor requiere una meditación detenida por nuestra parte.

La primera parte es ¿Por qué me llamas bueno? En esta pregunta se encierra un interrogante importante: ¿Te has dado cuenta quién soy yo? ¿Buscas sólo un Maestro docto? ¿Me preguntas porque ves que vivo lo que enseño? ¿Me llamas bueno porque has comprendido que soy el Mesías? ¿Has llegado incluso a ver que soy Dios y hombre verdadero? el silencio del joven a la primera pregunta de Jesús revela que el joven no ha captado toda la verdad de Jesús. Si se hubiese dado cuenta de todo el misterio de Cristo le hubiese seguido sin duda, pero es muy posible que sólo buscase al maestro de vida intachable y sabio; eso es mucho, pero no es toda la verdad. El conocimiento de Jesús es necesario para poder atender a sus respuestas con una actitud correcta. No es lo mismo escuchar a un maestro sabio que a uno ignorante; no es lo mismo aprender de un maestro sabio y bueno, que del mismo Dios hecho hombre. La fe bien planteada es el comienzo adecuado para poder amar de verdad. Es cierto que aquel muchacho no siguió a Cristo porque estaba apegado a sus bienes materiales, pero hay más: no tiene fe suficiente en el Señor. Al no reconocerle como Dios es incapaz de superar la atracción de los bienes materiales.

La segunda parte de la respuesta de Nuestro Señor es: Nadie es bueno sino solo Dios, Mateo lo expresa de una manera similar, pero distinta: Uno es el bueno. Jesús le está revelando el misterio de Dios y el fundamento de la moral.

Aquel joven preguntaba a Jesús que hacer para alcanzar la vida eterna. Era una pregunta moral. Debía hacer el bien y evitar el mal y debía comenzar por el principio. Sólo en Dios se da toda la bondad. La bondad divina es la fuente y el fin de toda moral. Intentar crear una moral como si Dios no existiese, o con bases ateas, conduce a caminos sin salida o llenos de despeñaderos. Juan Pablo II comenta estas palabras de Jesús diciendo: Sólo Dios es bueno, lo cual significa: en Él y sólo en Él todos los valores tienen su fuente primera y su cumplimiento final (...) ¿Por qué sólo Dios es bueno? Porque Él es Amor. Y Jesús es bueno porque es Dios, además de hombre. Esta es la razón de la bondad que el joven descubre en Jesús. Su bondad no es fruto de una técnica de valores humanos, sino que en Jesús se revela la plenitud de la divinidad corporalmente. Jesús es bueno, porque es Dios.

El silencio de aquel joven hace que Jesús siga adelante con su respuesta. Por lo demás, si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos. Jesús ha comprobado las buenas disposiciones de aquel chico y le recuerda el mínimo indispensable para alcanzar la vida eterna enseñado por los mandamientos.

CONTEMPLACIÓN

En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones.

Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (in 1,41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «por la palabra de la mujer» (Jn 4,39). También san Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, «enseguida se

puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios» (Hch 9,20). ¿Y qué esperamos nosotros?

Por supuesto que todos estamos llamados a crecer como evangelizadores. Procuramos al mismo tiempo una mejor formación, una profundización de nuestro amor y un testimonio más claro del Evangelio. En ese sentido, todos tenemos que dejar que los demás nos evangelicen constantemente; pero eso no significa que debemos postergar la misión evangelizadora, sino que encontremos el modo de comunicar a Jesús que corresponda a la situación en que nos hallemos. En cualquier caso, todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros. Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo. El testimonio de fe que todo cristiano está llamado a ofrecer implica decir como san Pablo: «No es que lo tenga ya conseguido o que ya sea perfecto, sino que continúo mi carrera [...] y me lanzo a lo que está por delante» (Flp 3,12-13).

Papa 'Francisco 'Exhortación apostólica Evangelii gaudium120-121

MEDITACIÓN

Peter Kreeft, un filósofo católico norteamericano, hablando de los siete pasos para llegar al cielo, ofrece unas etapas que marcan el cambio que debe operarse en toda persona de modo que se convierta realmente a Dios:

1. "Yo primero". Es una etapa de puro egoísmo.
2. "Yo primero pero, siendo buena persona". Hay en esta etapa una especie de conversión social. Es el mismísimo egoísta pero agradable y simpático con los demás.

COMENTARIO INICIAL

Hoy el Señor ha estado grande con nosotros, nos ha mostrado su rostro y desea que el anuncio del kerygma provoque un verdadero camino de formación y maduración. Reflexionar sobre nuestro bautismo es una motivación que Jesús nos hace para seguirlo de forma más radical, para no conformarnos con poco, hasta que podamos decir como san Pablo: «ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2,20). Con la alegría de los que encuentran a Jesús celebremos juntos este banquete Eucarístico.

PRIMERA LECTURA

DE LA CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A LOS ROMANOS.

"¿Qué diremos entonces? ¿Qué debemos seguir pecando para que abunde la gracia?. ¡Ni pensar! ¿Cómo es posible que los que hemos muerto al pecado sigamos viviendo en él? ¿No saben ustedes que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, nos hemos sumergido en su muerte?"

"Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva. Porque si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con él en la resurrección. Comprendámoslo: nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, para que fuera destruido este cuerpo de pecado, y así dejáramos de ser esclavos del pecado. Porque el que está muerto, no debe nada al pecado. Pero si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él. Sabemos que Cristo, después de resucitar, no muere más, porque la muerte ya no tiene poder sobre él."

Palabra de Dios

SALMO RESPONSORIAL

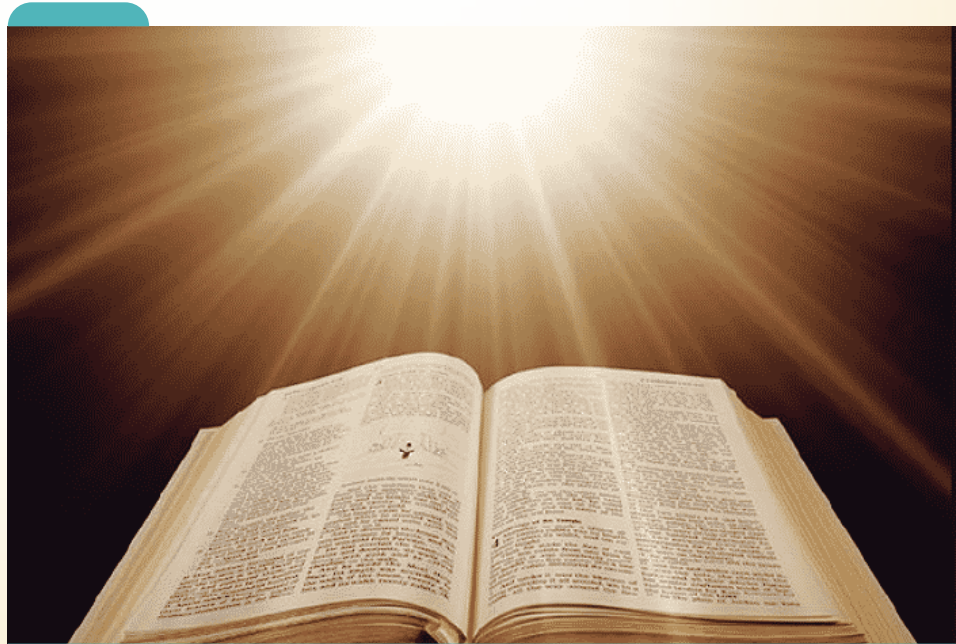
R. El Señor es mi luz y mi salvación.

- El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿Quién me hará temblar?.

- Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor contemplando su templo.

- Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches.

- Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor.



EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

"Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, se postraron delante de él; sin embargo, algunos todavía dudaron. Acercándose, Jesús les dijo: «Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, entonces, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo»."

Palabra del Señor

ORACIÓN DE LOS FIELES

PRESIDENTE

Sabiéndote, Señor Todopoderoso, que sigues mostrándonos el camino y abriéndonos los ojos a la novedad de tu mensaje, acoge estas súplicas que te presentamos:

R. Ilumina a tu pueblo, Señor

1. Por el Papa, los obispos, sacerdotes y diáconos, para que sigan mostrando al mundo la novedad del mensaje de Amor que tu Hijo Jesucristo nos trajo. OREMOS.

R. Ilumina a tu pueblo, Señor

2. Por los enfermos, los desplazados, los que viven en soledad, para que sientan que la Iglesia los acoge y acompaña en su sufrimiento. OREMOS.

R. Ilumina a tu pueblo, Señor

3. Por todos los que trabajan en las parroquias y movimientos apostólicos para que tengan la misma actitud de servicio que tuvo Jesús en su vida. OREMOS

R. Ilumina a tu pueblo, Señor

4. Por quienes hemos participado en este retiro kerygmático y estamos celebrando esta eucaristía para que al compartir tu mesa nos sintamos más unidos a Cristo y a nuestros hermanos. OREMOS

R. Ilumina a tu pueblo, Señor

PRESIDENTE

En tus manos Padre, ponemos estas súplicas; atiéndelas con tu Amor infinito y haz que crezca tu Reino entre nosotros.

Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

